

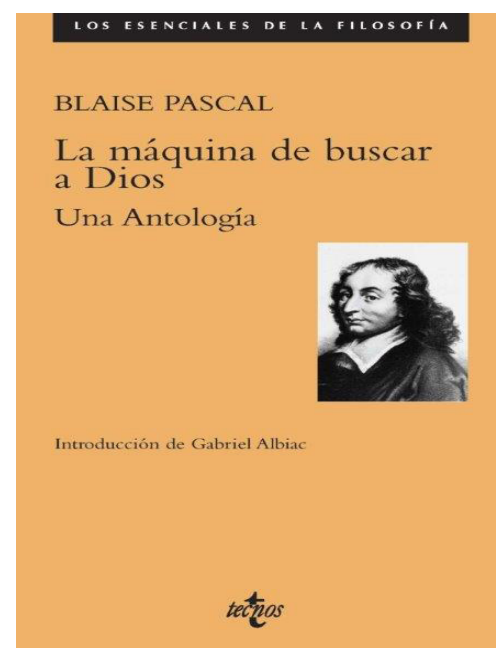
Hábito del alma cierto y oscuro, dice San Juan de la Cruz acerca de la fe. Y con una razón de ser: la afec- ción por superar una luz natural a la que no alcanza a entender la propia razón. Nuestra naturaleza no entiende nuestra naturaleza. Por eso un exceso vulnera y vence a nuestro entendimiento; en vez de ser éste el que frene el exceso. La filosofía queda derrotada por el mismo juego burlesco que dio lugar a su nacimiento. El monstruo en el laberinto. La derrota consiste en la incapacidad de acceder a la *forma* de la que sólo nos queda el nombre. El nombre que nos es dicho. Y el resto consiste en volver a aceptar a *eros*, sin padecer ya desconsuelo, porque la prudencia no es un bien filosófico.

Al editar a Pascal, Gabriel Albiac vuelve a asomarse a ese abismo. Lo hace por medio de la subjetividad moderna. Carga con ella; con lo que queda de ella. Y con la dificultad que supone comprobar que lo igual ya no lo reconocemos ni en sí, ni en lo semejante. Al clásico ateniense no le suponía un gran esfuerzo porque aceptaba que encontrar esa igualdad requería lo desigual mismo. Las revoluciones intentaron acabar con esta verdad, con esta teoría, al querer hacer de ella una praxis. Los hombres jugando a dioses. Comprobado el fracaso, Albiac hace bien en no querer que se le identifique con ellas. Vuelve a Pascal. Es decir, a un territorio en el que pueden convivir, pero no mezclarse, fe y razón.

Una monografía de Albiac sobre Pascal se publicó en 1981. En 1995 hizo la introducción a la traducción de Zubiri de una colección de *Pensées*. Ahora corrige y reedita esa última introducción para presentar otra vez algunos de los *Pensées*, seleccionados por él mismo. Ha hecho el trayecto acompañado; hasta donde se puede. Sigue presentando a Pascal en el momento de llegar al lugar conocido como *desierto*. Lejos, claro está, de *fama perecedera*, para así poder esperar *forma irrevocable*. Sor Juana Inés de la Cruz expresa lo mismo al decir el riesgo de eternizar en ruina el nombre propio, si se hace esclavo del ánimo arrogante. Hay que optar. También en el siglo XVII y en la autosuficiencia cartesiana, entonces en inocente boga; mucho antes del

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 3
2014/1
ISSN 2255-2022

BLAISE PASCAL, *La máquina de buscar a Dios. Una Antología*, traducción de Xavier Zubiri, edición, prólogo y notas de Gabriel Albiac, Tecnos, Madrid, 2014, 120 pp. ISBN 9788430959235



Palabras clave:
Pascal
razón
fe
teología



definitivo fracaso de la máquina, de la autonomía, cuando tiempo después de nuevo expuesto el mecanismo inevitablemente huidizo de la técnica de la naturaleza.

La cristalización que es todo hombre tiene su correlato en la hora del *desierto* y la derrota. Vivir el *yo odioso* de Pascal. La sal que se vuelve sosa, dice el evangelio de Marcos. Aquí se abren dos paradojas. La entrada del sabio en *Port Royal* trata de borrar el propio nombre nada menos que de la memoria de todos los hombres; pero esa es una tarea para la que no hace falta esfuerzo porque sabemos ya consumada sin necesidad de ser sabios. La aspiración de la relojería barroca de alcanzar sucedáneos autómatas de la vida conduce al logro del mundo escindido cartesiano y *vistoso*; pero, a la vez, nos hace a cada uno más *necesariamente* prescindibles.

Subjetividad barroca. Inicio de un camino sin retorno hacia las fugas y los *pliegues de la razón moderna*, como han sido dichos. Pascal, en *Port Royal*, después de su búsqueda de *aritmética sin espíritu*; Descartes detallando la máquina — el cuerpo animal — antes de pretender la *descripción del alma razonable*. El auxilio del gobierno de la ciencia moderna en sustitución de los antiguos geómetras. El paso a la nueva mediación. La eliminación de la posibilidad del error a costa de buscar atajos en el desarrollo de la naturaleza.

Albiac modifica el título de la primera edición de su introducción a los *Pensées* de Pascal. Un mismo escrito, dos títulos. *El corazón de la máquina* —1995— ha pasado a ser *La máquina de buscar a Dios* —2014—. Se impone la cortesía del filósofo. Se intenta volver a mirar hacia *el afuera*. A contracorriente, es decir, reconociendo que hay que pasar el testigo del atleta cuando todavía se está en la carrera. La vida como generosidad en la que, como se ha dicho poéticamente en el siglo XX, *sólo podemos dar lo que ya hemos dado*.

Para ello hay que seleccionar textos, porque se entiende mejor a los hombres por los libros que guardan en casa que por las conversaciones que se mantiene con ellos. En la selección que Zubiri hizo de Pascal decía delimitar un polígono trazado por cuatro puntos: racionalismo, Reforma, jansenismo y Contrarreforma. Albiac selecciona partes de la selección de Zubiri, cuya traducción considera *inmejorada*; y añade y traduce otros cuatro textos —tres de

«La filosofía queda derrotada por el mismo juego burlesco que dio lugar a su nacimiento»

ellos de Pascal y, el cuarto, un recuerdo de una conversación incluida en las *Memorias* de Nicolas Fontaine—. El primero de esos tres textos, claro está, es el *Memorial*. La narración atropellada de un acontecimiento y una fundación. Dos estilos, por tanto, en el criterio de la antología. Dos disputas repetidas en cada criterio: teología y *cartesianismo*, que hoy sabemos ya otra forma de teología.

Automatizar el cálculo, hacer el movimiento reglado, dice Pascal que era la tarea de su máquina de calcular. Resulta una curiosidad que la pedagogía científica llame hoy *conocimiento reglado* a los estudios académicos de los bachilleres y universitarios. Estos regalos irónicos con los que premia el lenguaje, y las asociaciones de ideas, no pueden ocultar una mueca escéptica. Otro de esos extraños regalos es la prueba de la inutilidad en la tarea del sabio por borrar su nombre. Pascal es hoy tanto el nombre de un hombre como el nombre de una academia y un lenguaje de programación cibernética. El nombre se estratifica, se solapa, y se olvida como las rocas.

Pascal confiesa a Fermat el callejón sin salida del pensamiento moderno. Pascal ya no puede ser moderno en el comienzo mismo de la modernidad. Se anticipa en más de tres siglos a una ruina. Lo hace porque reivindica melancólicamente la tarea del artesano como la más elevada tarea. En realidad, como la única tarea posible del hombre que se confiesa costumbre; sólo por medio de la tarea artesanal, *el otro tiempo* se introduce entre las rendijas que deja el automatismo. La única libertad posible, el error que no siempre es una condena.

Pascal explica —parece ser— lo que es la rueda del pensamiento al Señor de Sacy. Éste la considera tentación diabólica y peligro de ser pasto de gusanos. Lo mismo que todo hombre que se asusta de pensar simetrías y descarriar en el camino.

Baste añadir que la edición de Pascal que sigue Albiac, y siguió también Zubiri, es la de Brunschvicg.

«Para ello hay que seleccionar textos, porque se entiende mejor a los hombres por los libros que guardan en casa que por las conversaciones que se mantiene con ellos»

Antonio Ferrer